



## El nombre del mes, mayo de 2021

# JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

*El escritor jerezano, referente principal de la literatura española contemporánea, falleció el pasado 9 de mayo dejando para la posteridad una obra llena de rebeldía ética y poderío estético.*



El poeta, novelista y ensayista nació el 11 de noviembre de 1926. Su padre era cubano criollo y la familia de su madre era de origen francés asentada en Andalucía desde mediados del siglo XIX. Tras pasar la Guerra Civil entre Jerez y Sanlúcar, estudió Náutica y Astronomía en Cádiz, disciplinas que cambió por Filosofía y Letras en Sevilla y Madrid, ciudad en la que se instaló en 1951.

Ese año ganó con su primer libro, *Las adivinaciones*, el accésit del Premio Adonáis, el galardón que consagró a su generación, a los niños de la guerra que se dieron a conocer en los años cincuenta.

1960 fue otro año clave. Se casó con Pepa Ramis, su compañera de toda la vida, y se trasladó a Bogotá como profesor de literatura en la Universidad Nacional.

Consagrado entre los poetas jóvenes, en Bogotá, efectivamente, se convirtió en novelista con *Dos días de septiembre*, centrada en la sociedad estamental y clasista del vino de Jerez, obra con la que obtuvo el premio Biblioteca Breve de 1961. Caballero Bonald terminó repudiando esa novela por “demasiado deudora” de la estética social triunfante durante la posguerra. Él, que era el autor más barroco de su generación, prefería las audacias expresivas de títulos posteriores como *Ágata ojo de gato* (1974), galardonado con el premio de la Crítica, o *Campo de Agramante* (1992).

Su obra poética completa, reunida en el volumen *Somos el tiempo que nos queda*, reúne títulos como *Descrédito del héroe* (1977), premio de la Crítica al año siguiente, *Laberinto de Fortuna* (1984), *Diario de Argónida* (1997) o libros nacidos, en plena vejez, de una particular mezcla de indignación cívica y exigencia estética: *Manual de infractores* (2005), *La noche no tiene paredes* (2009), *Entreguerras* (2012) y *Desaprendizajes* (2015). Descreído de la separación entre fondo y forma, reescribía sus versos cada vez que se publicaban y resumía su poética así: “En un poema las palabras tienen que tener un significado más rico que el que tienen en el diccionario. A veces pones juntas dos palabras que nunca lo han estado y abren un mundo, rompen un sello. Y lo hacen por el puro atractivo fonético. La poesía es una mezcla de música y matemáticas: tonalidad y rigor”.

Otra de las facetas de un hombre que tuvo mil es, precisamente, la musical. En 1969 firmó otra obra magna: el Archivo del cante flamenco, un álbum de seis discos y estudio preliminar grabado para la compañía Vergara. Como los folcloristas estadounidenses a los que admiraba, el poeta realizó un viaje de dos años en busca del cante, con la idea de rescatar las voces de maestros a punto de desaparecer.

Después de quedarse fuera de la Real Academia por un solo voto cuando era el único candidato, lo dejó estar para siempre y se sentó a esperar todos los premios, que llegaron bajo el nombre de Nacional de Literatura, Nacional de las Letras, Reina Sofía de Poesía y, finalmente, el Cervantes.

Nos queda su obra. Descanse en paz.